

DOS TEXTOS AMERICANISTAS DE BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA

Edición e introducción
Alejandra Bottinelli
Universidad de Chile
alejandra.bottinelli@gmail.com

Marcelo Sanhueza
Universidad de Chile/ Universidad Alberto Hurtado
marceloivansanhueza@gmail.com

NOTICIA INTRODUCTORIA

Los textos de Benjamín Vicuña Mackenna (1833-1888) que presentamos a continuación, fueron publicados inicialmente como artículos periodísticos. El primero que recopilamos, “La conquista de la América española por los americanos del Norte”, se difundió originalmente en el periódico nacional *El Ferrocarril* en julio de 1856, según indicación del autor. El segundo, “La Doctrina Monroe y la Unión Americana”, apareció en junio de 1866 en el periódico *La Voz de la América. Órgano de las Antillas españolas*¹, que Vicuña Mackenna fundó en Nueva York, ciudad en la que permaneció entre 1865 y 1866, en calidad de agente confidencial del gobierno chileno en el contexto de la Guerra contra España. Ambos escritos fueron editados posteriormente por el propio autor en el tomo I de su libro *Miscelánea. Colección de artículos, discursos, biografías, impresiones de viajes, ensayos, estudios sociales, económicos, etc.* (1872), pero ninguno de ellos volvería a republicarse sino hasta ahora.

Estos textos de Vicuña Mackenna se enmarcan en el denominado pensamiento americanista latinoamericano, que se desarrolló durante el siglo XIX en la región. Si hasta la década del 50 de ese siglo el americanismo había sido un discurso afirmativo y

¹ Este periódico fue un potente medio de propaganda contra el colonialismo hispano y occidental en general; en cantidad de entre 300 y 1000 ejemplares se distribuyó con gran éxito en el propio territorio cubano, entre los independentistas (López, *El americanismo* 265).

autonómico especialmente ante los resabios del régimen colonial y la cultura peninsular luso-hispana –sugiriendo resguardos de las políticas del régimen restaurador francés (1815-1830)–, desde mediados de los 60, en particular con la intervención y derrota de Napoleón III por Benito Juárez en México (1862-1867) y con la guerra que Perú y Chile sostuvieron contra España (1865-1866), el discurso se caracteriza por un abierto anticolonialismo de perfil antilatinista². Este discurso americanista fundacional se había ido imbricando, desde mediados de los años 50, con una emergente crítica a la política norteamericana, propiciada tanto por las consecuencias de la guerra de Estados Unidos contra México (1846-1848) y la anexión de más de la mitad del territorio septentrional de ese país por el *coloso* norteamericano³, así como por las invectivas puntuales pero significativas de los Estados Unidos en Centroamérica (en particular, la invasión de Nicaragua por William Walker, en 1855). De esta manera es posible pesquisar, desde la segunda mitad del siglo, la conformación inicial de un discurso antiimperial de la “América meridional”⁴ o de las repúblicas “Sudamericanas”⁵ promovido por

² La propuesta de una América del sur “latina” había sido formulada por Francia en dirección de la disputa inter-imperial con Inglaterra y Holanda por la influencia en América, e inicialmente con los Estados Unidos y sus afanes paternalistas formulados en la Doctrina Monroe, de 1823. El ideólogo del panlatinismo francés Michel Chevalier anota: “Nuestra civilización europea procede de un doble origen, los romanos y los pueblos germánicos. (...) Así hay una Europa latina y una Europa teutónica; la primera comprende a los pueblos del mediterráneo, la segunda a los pueblos continentales del Norte y a Inglaterra. Una es protestante, la otra católica. Una se sirve de idiomas en que predomina el latín, la otra, de lenguas germánicas. Ambas ramas, latina y germánica, se han reproducido en el Nuevo Mundo. La América del Sur, es, como la Europa mediterránea, católica y latina. La América del Norte pertenece a una población protestante y anglosajona” (430).

³ Metaforizando la vocación imperial estadounidense Francisco Bilbao habló en 1855 del “coloso *yankee* (...) especie de estoicismo eléctrico, que aspira a dominar el mundo; es el movimiento perpetuo; es un Saturno rejuvenecido que devora a la vez el tiempo y el espacio” (“Movimiento social” 84), o el “coloso juvenil” (“Iniciativa de la América” 367), que Vicuña Mackenna describe de manera similar como “gigante irresistible” (“La conquista de la América española” 199).

⁴ El texto de Francisco Bilbao al que aludimos es: *Movimiento social de los pueblos de la América meridional*. Fue publicado por primera vez en francés, en Bélgica, durante 1855: *Mouvement social des peuples de l'Amérique Méridionale, son caractère et sa portée. La Libre Recherche. I*. Bruselas: Boureau de La Libre Recherche, 1855.

⁵ Tal como lo formularían Francisco Bilbao y Vicuña Mackenna, en 1856, en “Iniciativa de la América. Idea de un Congreso Federal de las Repúblicas” y “La conquista de la América española”, respectivamente.

los intelectuales iberoamericanos, el cual permeó no sólo a los grupos liberales, sino incluso —y es el caso de Chile— a la élite política e intelectual de manera transversal⁶.

En la escena pública chilena de la época, las dos intervenciones norteamericanas fueron rechazadas con vehemencia⁷. Aunque habrá que esperar hasta 1898, cuando se produzca la independencia de España de las últimas colonias americanas, para que el pensamiento se ponga en alerta enfática respecto de los afanes expansionistas e intervencionistas estadounidenses en América.

El americanismo como discurso afirmativo continental, autonómico y crecientemente antiimperialista había mantenido una presencia prestigiada en el discurso público chileno durante toda la etapa fundacional. Y se había expresado en una praxis unionista americana que había ubicado a Chile en la vanguardia de la defensa de los principios de la independencia política y de la autonomía cultural de las nuevas repúblicas, situándolo a la cabeza de las iniciativas de cooperación y asistencia mutua entre los países latinoamericanos⁸. Por ello, no extrañó a nadie la reacción adversa que

⁶ Ya tempranamente Diego Portales, identificado políticamente con el conservadurismo, en una carta enviada desde Lima, a José Manuel Cea, en 1822, advierte: “Los periódicos traen agradables noticias para la marcha de la revolución de toda América. Parece algo confirmado que los Estados Unidos reconocen la independencia americana. Aunque no he hablado con nadie sobre este particular, voy a darle mi opinión. El presidente de la Federación de N. A., mr. Monroe ha dicho: “*se reconoce que la América es para éstos*”. ¡Cuidado con salir de una dominación para caer en otra! Hay que desconfiar de esos señores que muy bien aprueban la obra de nuestros campeones de la liberación, sin habernos ayudado en nada: he aquí la causa de mi temor. ¿Por qué ese afán de Estados Unidos en acreditar ministros, delegados y en reconocer la independencia de América, sin molestarse ellos en nada? ¡Vaya un sistema curioso, mi amigo! Yo creo que todo eso obedece a un plan combinado de antemano; y ese sería así: hacer la conquista de América, no por las armas, sino por la influencia en toda esfera. Esto sucederá, tal vez hoy no; pero mañana sí. No conviene dejarse halagar por estos dulces que los niños suelen comer con gusto, sin cuidarse de un envenenamiento” (8).

⁷ Además de Vicuña Mackenna y Bilbao, entre otros, es interesante el caso de Vicente Pérez Rosales, quien, a propósito de su viaje a California en plena “fiebre del oro”, en 1848, plantea un contrapunto a las visiones idealizantes, denunciando en particular el extremo maltrato que los estadounidenses de California habían dado a los emigrantes chilenos (145-148). Sin embargo, algunos letrados siguieron viendo a la “república del norte”, Estados Unidos, como el modelo político-social a seguir. Es el caso de José Victorino Lastarria, uno de los pocos liberales chilenos que apoyará y confiará en la Doctrina Monroe (Subercaseaux 29).

⁸ Bernardo O’Higgins, quien, instruido en el ideario emancipador y americanista, por Francisco de Miranda, manifiesta desde el inicio su compromiso con la independencia de Colombia (es decir, de Hispanoamérica), que concreta a través de la idea de discutir la organización de un congreso para la confederación de los pueblos hispanoamericanos. Junto con medidas como el envío de milicias en apoyo a la liberación de México, así como de

frente a la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana (1836-1839), impulsada por Diego Portales, mostraron el pueblo y los grupos militares chilenos en la primera etapa, por ejemplo; pero tampoco resultó una sorpresa que veinticinco años después, ante la invasión española de las islas peruanas (Chincha), fuese el Estado de Chile el primero del subcontinente en protestar y luego también el primero en declarar la guerra a la antigua metrópoli en defensa de los principios independentistas y de soberanía nacional.

Este pensamiento americanista chileno se vio fortalecido, además, como señalamos, a propósito de las constantes intervenciones en la región de las potencias noratlánticas, incluido los Estados Unidos. Hernán Ramírez Necochea ha mostrado cómo frente a la invasión de Nicaragua, la reacción de la prensa nacional fue inmediata; el *Mercurio de Valparaíso*, solo en una quincena del mes de febrero de 1855, publicó, según el autor, un conjunto de artículos y editoriales donde se examinaron críticamente las acciones e intereses de Estados Unidos, alertando ante el peligro para América Latina (97). De igual modo, en un editorial del año 1857 del periódico *Conservador*, estudiado por Simon Collier, se lee: “el cocodrilo del norte, cebado ya sus dientes con la carne de México y Tejas, comienza a engullirse a Centro América, y avanza hacia el sur, en donde la división y la anarquía le preparan espléndido banquete” (Cit. Collier, *La construcción* 241). E incluso la *Revista Católica* condenó el expansionismo de la política exterior estadounidense –debido, en parte, a su hostilidad frente al protestantismo religioso que practicaba la nación del norte– (Collier, *La construcción* 241).

La intervención norteamericana había generado la movilización crítica de líderes intelectuales y políticos hispanoamericanos como Vicuña Mackenna, quienes, siguiendo el modelo del fundacional Congreso de Panamá (1826)⁹, se abocaron a elaborar propuestas comunes asociadas a una identidad política continental capaz de contrarrestar, también militarmente, las amenazas imperiales del Viejo Mundo y de los Estados Unidos. La organización de instancias como los Congresos de Lima (celebrados en 1848 y 1865)¹⁰ y de Santiago de Chile (1856)¹¹, y la posterior formación

las escuadras chilenas, colaboró en el abastecimiento y organización de las expediciones del ejército libertador del Perú, al mando de José de San Martín (Collier, *Ideas y política* 225).

⁹ Este congreso, gestionado por Bolívar e inspirado en su ideal de una América Hispánica confederada, fue motivado por la amenaza que representaba España, y su interés de reconquistar las recientes naciones hispanoamericanas, ahora con el amparo de la Santa Alianza. Sin embargo, dicho congreso contó únicamente con la participación de la Gran Colombia, Perú, México y la Federación Centroamericana; por lo tanto, en términos prácticos no tuvo el impacto político esperado (De la Reza, “Antecedentes” 106).

¹⁰ En 1848, participaron representantes de Bolivia, Chile, Ecuador, Nueva Granada y Perú. Mientras que en el segundo Congreso de Lima se sumaron El Salvador y Venezuela.

¹¹ En este Congreso participaron solamente Chile, Ecuador y Perú.

de la Sociedad de Unión Americana, también en este país (1862)¹², respondieron a una motivación doble: por una parte defensiva ante las agresiones de carácter imperialista, y por otra propositiva, impulsando la idea de la necesidad de la unión de los países americanos al sur del Río Bravo, que se concretó en un programa de políticas regionales estratégicas encaminadas a la defensa, la cooperación y el fortalecimiento de la región como actor geopolítico en la escena internacional¹³. Y son manifestación,

¹² Fundada por reputados políticos e intelectuales chilenos, la SUA fue constituida principalmente por ideólogos liberales, aunque también participaron algunos conservadores (López, “Prólogo” 20). Esta sociedad fue una de las formas en que el campo intelectual nacional respondió a la tradición de congresos y sociedades que proponían la creación de una confederación de los países hispanoamericanos para la unión, integración y defensa en los planos político, militar, económico y cultural. Pero uno de los acontecimientos que marcó su fundación fue el desembarco (a fines de diciembre de 1861) en México de tropas de España, Francia e Inglaterra, debido a la deuda que el país del norte mantenía con el imperio británico y francés, y que culminó con la asunción, como emperador de México, de Maximiliano de Habsburgo en 1864 (Halperin 238). Es necesario indicar que la Sociedad de Unión Americana, desde un inicio, mantiene nexos con el presidente Benito Juárez, quien, luego de la caída de la ciudad de Puebla a manos de las fuerzas francesas de ocupación, inicia con su “gobierno itinerante” el peregrinaje por el país organizando a las fuerzas republicanas contra la nueva monarquía. La SUA aporta a Juárez dinero e incluso milicianos. Entre sus miembros, esta sociedad contó tanto con generales y ex combatientes en las luchas de la independencia, como con figuras prominentes del campo intelectual y político de la época: José Victorino Lastarria, Miguel Luis Amunátegui, Isidoro Errázuriz, Domingo Santa María, Benjamín Vicuña Mackenna, entre otros. La SUA fue un vehículo de reacción propagandística ante las intervenciones tanto de los imperios europeos en la región como de las ambiciones del emergente imperialismo estadounidense que, a finales del siglo XIX, se mostraría en toda su potencia en la guerra contra España. Lo que nos interesa destacar asimismo, es el trabajo editorial y recopilatorio del pensamiento americanista que había surgido dentro de los intelectuales decimonónicos chilenos. Fruto de este trabajo fue la publicación, en 1862 y en 1867, de la *Colección de Ensayos y Documentos relativos a la Unión y Confederación de los Pueblos Hispano-americanos*. En su primer volumen, este libro fue editado y compilado por José Victorino Lastarria, Álvaro Covarrubias, Domingo Santa María y Benjamín Vicuña Mackenna, quien incluyó un ensayo propio: “Estudios históricos”, en el que resume los proyectos de confederación hispanoamericana y propone retomar tales proyectos para incentivar la unidad cultural y la defensa de Hispanoamérica. En la *Colección...* se incorpora también el fundacional ensayo de Francisco Bilbao “Iniciativa de la América”.

¹³ El primer Congreso de Lima (1848) fue motivado por la derrota de México ante los Estados Unidos, que tuvo como consecuencia la anexión de Texas, Nuevo México y Alta California al territorio estadounidense. Las razones del Congreso de Santiago, por su parte, estuvieron asociadas a dos acontecimientos de intervencionismo en la región: primero, al convenio comercial firmado por Ecuador y los Estados Unidos, en 1854, en el que el gobierno ecuatoriano otorgó a los norteamericanos una concesión para la explotación del guano de las

particularmente en el caso de Chile, de su compromiso con la causa continental. En esta dirección política y diplomática, se acordó también el Tratado Continental de Unión Confederativa, celebrado entre Chile, Perú y Ecuador en 1856. A pesar de tales esfuerzos, estos congresos y tratados unionistas y federalistas no fueron ratificados por los países participantes. Aunque legaron un significativo conjunto de documentos, pactos y ensayos políticos, estimulando prácticas de apoyo mutuo (como la impulsada por Vicuña Mackenna y el gobierno chileno al articular a sus diplomáticos en el Caribe en favor de la independencia antillana, en 1865-66).

La importancia de los trabajos periodísticos de Benjamín Vicuña Mackenna que aquí presentamos radica en la expresión de este intenso debate americanista que se generó en el campo intelectual chileno e hispanoamericano durante la segunda mitad del siglo XIX frente al “peligro *yankee*”. En esta perspectiva, los textos que reeditamos son valiosos en la medida que contribuyeron a la formación de un discurso y un pensamiento americanistas en oposición a la política expansionista de los Estados Unidos en el subcontinente.

Con el primer artículo, “La conquista de la América española por los Americanos del Norte” (1856), Vicuña Mackenna respondió directamente a la invasión militar de Nicaragua por parte de las tropas encabezadas por William Walker. En este mismo año también había publicado su relato de viaje *Páginas de mi diario durante tres años de viaje 1853-1854-1855*, donde había enunciado su visión crítica de la política estadounidense, tanto respecto de su accionar en México como en Nicaragua¹⁴.

islas Galápagos. Este tratado comercial fue objeto de protestas por parte de Francia, Inglaterra y Perú, pues consideraron que establecía en los hechos un protectorado estadounidense en las islas. La segunda razón y más relevante, fue que en 1855 el aventurero William Walker invadió Nicaragua con el favor de algunos grupos poderosos de los Estados Unidos—incluso el mismo presidente, Franklin Pierce, lo reconoció como gobernante máximo de Nicaragua— (Connell-Smith 113). Aunque la invasión de Walker no fructificó, logró reforzar los temores de las élites hispanoamericanas frente al expansionismo de la nación de Jefferson. Por último, el segundo Congreso de Lima (1865) se convocó en respuesta a la anexión de Santo Domingo por España (1861) y la guerra hispano-sudamericana, que tuvo como protagonistas en América a Perú y Chile (1865-1866). El segundo Congreso de Lima es considerado por el historiador Germán De la Reza como el que marca la fase final del ciclo de asambleas confederativas que se habían originado en 1826, en el Congreso de Panamá (“La asamblea” 71). Para revisar los acuerdos de estos distintos congresos, vean los dos volúmenes de la *Colección de Ensayos i Documentos relativos a la Unión y Confederación de los pueblos Hispano-americanos*.

¹⁴ En esta obra advierte: “Una gran cuestión, la más importante para nosotros, acaba de preocuparnos un momento al hablar de la política americana, la de la influencia de aquel continente sobre el nuestro, la del predominio de su raza, la del porvenir de las dos grandes fracciones del Nuevo Mundo. Que los americanos reconocen la proximidad de su predominio

En ambas publicaciones, Vicuña Mackenna elabora un análisis que ya vislumbra las disputas inter-imperiales por el dominio de los mercados globales. En el ensayo que compilamos realiza, además, un emplazamiento a la unidad militar en defensa de la soberanía política y cultural de la ex América española. Una tarea en la que se juega en un nivel más profundo la propia sobrevivencia de la cultura hispanoamericana.

El segundo texto, “La Doctrina Monroe y la Unión Americana” (1866), fue redactado por el autor mientras se encontraba en Nueva York como agente confidencial del gobierno de Chile para concitar apoyos en la guerra contra España, donde tomó contacto con los emigrados independentistas cubanos¹⁵. Como señalamos al inicio, Vicuña Mackenna fundó en Nueva York *La voz de la América*, periódico que circuló entre los grupos independentistas de la isla caribeña y que representó un notable esfuerzo político e intelectual, evidenciando su respaldo y difusión de la causa americanista durante esta etapa de su vida. Su apoyo al proceso antillano fue tan decidido que le valió incluso ser arrestado por la policía estadounidense debido a sus intervenciones públicas. Todo lo cual ratificó sus sospechas sobre la falta de voluntad política estadounidense para colaborar con la lucha independentista antillana –tal como lo expresa en el segundo artículo referido—. En este trabajo, Vicuña Mackenna estaba rechazando el silencio y la nula protección de los Estados Unidos frente a la invasión de Francia en México y al reciente bombardeo de Valparaíso por parte de la armada española el 31 de marzo de 1866, durante la llamada guerra hispano-sudamericana que involucró a Chile y Perú (Cerdeja Catalán 236). En el escrito, el pensador chileno se dedica a criticar y desmantelar también el ideario que había sostenido la llamada Doctrina Monroe.

En síntesis, el americanismo que manifiestan los textos de Benjamín Vicuña Mackenna que presentamos a continuación, se conformó a partir de la afirmación de una identidad hispanoamericana frente a los Estados Unidos, pues para el letrado criollo esta nación se había transformado en una amenaza real a los intereses de América Latina. Son reflexiones ensayísticas que nos permiten comprender cómo se fue gestando el americanismo dentro de la historia intelectual latinoamericana y que expresan un temprano discurso antiimperialista y anticolonialista, articulado en clave cultural frente a las potencias occidentales, de particular relevancia en el Chile de la

universal, es una teoría aceptada por todos; pero en cuanto a su predominio sobre la América española es un hecho consumado, según ellos, desde la guerra de México. La América del Norte no acepta la fraternidad del continente del Sur, ni aun en el nombre. Para ella y para la Europa la América es sólo la Confederación Unida. Nosotros somos simplemente la América española fraccionada en el Pacífico, que comprende a Chile, el Perú, Bolivia, el Ecuador, la Nueva Granada y el Brasil y la Plata, en que están incorporados el Paraguay y la Banda Oriental” (260).

¹⁵ Ricardo López precisa que los primeros contactos públicos de Vicuña Mackenna con los antillanos los realizó en un banquete ofrecido el 6 de diciembre de 1865, a los directores de periódicos y al cuerpo diplomático (*El americanismo* 263).

época. Un discurso que será continuado y extendido hacia el fin de siglo por escritores modernistas como José Martí, Rubén Darío, Manuel Ugarte y José Enrique Rodó.

Para la transcripción de estos artículos hemos utilizado la última versión publicada por Benjamín Vicuña Mackenna en su ya mencionada obra, *Miscelánea* (1872). Hemos respetado la redacción utilizada por el autor y corregido las erratas existentes. Con el objetivo de acercar la comprensión de los textos, hemos decidido modernizar la ortografía literal y acentual.

BIBLIOGRAFÍA

- Bilbao, Francisco. “Movimiento social de los pueblos de la América Meridional. Su carácter y alcance”. (1855). Trad. Alejandro Madrid Zan. *Edición de las Obras Completas. Tomo 4. Iniciativa de la América. Escritos de filosofía de la historia latinoamericana y correspondencia con Lamennais, Quinet y Michelet*. Santiago: Ediciones y publicaciones El Buen Aire S.A, 2014. 79-89.
- _____. “Iniciativa de la América. Idea de un Congreso Federal de las Repúblicas”. (1856). *Bilbao 1823-1865: el autor y la obra*. Ed. José Alberto Bravo. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2007.363-374.
- Cerda Catalán, Alfonso. *La Guerra entre España y las Repúblicas del Pacífico. 1864-1866. El bombardeo de Valparaíso y el Combate Naval del Callao*. Santiago: Editorial Puerto de Palos, 2000.
- Chevalier, Michel. “Introducción a las Cartas sobre la América del Norte”. (1836). Trad. Alejandro Madrid Zan. *Archivos de Filosofía* 4-5 (2009-2010): 423-436.
- Collier, Simon. *Chile. La construcción de una República 1830-1865. Política e ideas*. 2005. Trad. Fernando Purcell Torretti. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2008.
- _____. *Ideas y política de la independencia chilena, 1808-1833*. Trads. Iván Jaksic y Juan Luis Ossa. Santiago: 2012.
- Connell-Smith, Gordon. “La América Latina y el Destino Manifiesto de los Estados Unidos”. *Los Estados Unidos y América Latina. Estudio de las relaciones entre Estados Unidos y el resto del continente americano*. 1974. México: Fondo de Cultura Económica, 1974. 96-132.
- De la Reza, Germán. “Antecedentes de la integración latinoamericana. Los congresos de unión y confederación del siglo XIX”. *Revista de Historia de América* 127 (2000): 95-116.
- _____. “La asamblea hispanoamericana de 1864-1865, último eslabón de la anfictionía”. *Estudios de historia moderna y contemporánea de México* 39 (2010): 71-91.
- Halperin Donghi, Tulio. *Historia contemporánea de América Latina*. 1969. Madrid: Alianza Editorial, 2010.

- Lastarria, José Victorino, et al. *Colección de ensayos i documentos relativos a la Unión y Confederación de los Pueblos Hispano-americanos. Volumen I*. Santiago: Imprenta del Ferrocarril, 1862.
- _____. *Colección de ensayos i documentos relativos a la Unión y Confederación de los Pueblos Hispano-americanos. Volumen II*. Santiago: Imprenta del Ferrocarril, 1867.
- López, Ricardo. “El americanismo en Chile ante la expansión política y militar europea sobre Hispanoamérica (1861-1871)”. Tesis doctoral. Santiago de Chile: Universidad de Chile, 2011.
- _____. “Prólogo”. *La patria común. Pensamiento americanista en el siglo XIX*. Comps. José Victorino Lastarria et al. Santiago: LOM, 2013. 9-48.
- Pérez Rosales, Vicente. *Diario de un viaje a California. 1848-1849*. 1949. Eds. Guillermo Latorre y María Ester Martínez. Santiago: Tajamar Editores, 2007.
- Portales, Diego. *Epistolario. Tomo I (1821-1832)*. Ed. Carmen Fariña Vicuña. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2007.
- Ramírez Necochea, Hernán. *Historia del imperialismo en Chile*. La Habana: Edición Revolucionaria, 1966.
- Subercaseaux, Bernardo. “Visión de Estados Unidos y América en la elite liberal (1860-1870)”. *Araucaria de Chile* 11 (1980): 21-34.
- Vicuña Mackenna, Benjamín. “Páginas de mi diario durante tres años de viaje 1853-1854-1855”. 1856. *Obras completas. Volumen I*. Santiago: Universidad de Chile, 1936.
- _____. “La conquista de la América Española por los Americanos del Norte”. (1856). *Miscelánea. Tomo I*. Santiago: Imprenta de la Librería del Mercurio, 1872. 189-202
- _____. “La Doctrina Monroe y la Unión Americana”. (1866). *Miscelánea. Tomo I*. Santiago: Imprenta de la Librería del Mercurio, 1872. 373-377.

LA CONQUISTA DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA POR LOS AMERICANOS DEL NORTE

Julio de 1856.

Todas las repúblicas de Sudamérica tienen en este momento fijos los ojos en la gran cuestión de Nicaragua; y en verdad, las circunstancias son gravísimas y dignas de la más especial atención.

Un puñado de forajidos invade a mano armada un territorio amigo e indefenso, lo saquea, lo incendia, degüella a sus habitantes, establece autoridades, dicta leyes, envía plenipotenciarios e improvisa una nacionalidad aparte por el derecho de conquista.

Sin embargo, todo esto parecía hasta aquí el resultado de un golpe de mano.

¡Pero llega a Washington el padre Vigil (algún miserable impostor vendido a Walker) y vemos que al instante el gobierno de la Confederación Americana, dando con las puertas en la cara a los ministros legítimos de Nicaragua y Costa Rica Sres. Irisarri y Marcoleta, acepta la misión del fraile y da por reconocida la nacionalidad del estado de Nicaragua!

Este golpe de osadía de un audaz aventurero ha tomado ya la categoría de una medida de alta política, cuyo significado es el más grave y alarmante síntoma del carácter que van a tomar las relaciones exteriores de la Confederación Unida respecto de los países de Sudamérica.

Este reconocimiento violento e inusitado de una autoridad ilegítima y culpable ha roto el velo de una misteriosa trama política que envuelve la solución de las más grandes cuestiones que pueden establecerse entre las dos Américas. Este acto oficial revela con evidencia que Walker no es simplemente el caudillo de una horda de filibusteros. Es un delegado autorizado del gobierno americano, un agente de su política, un oficial de su ejército, o si se quiere más amplitud todavía, porque a todo se presta este acto inaudito de política internacional, un gobernador nominal de este nuevo estado añadido a la Confederación Americana por el poder de las armas.

Estos son hechos conocidos. Las expediciones que ha organizado Walker y las que le han socorrido después, han partido todas de puertos de la Unión, a la vista de las autoridades, contra las reclamaciones de los agentes diplomáticos de los países amenazados; y los refuerzos de tropa, armas y dinero que ha recibido han sido considerables. Es, pues, evidente que lo que nosotros hemos considerado hasta aquí solo como un asalto de filibusteros sin ley ni patria, ha sido una campaña hecha por cuenta del gobierno de Estados Unidos contra la República de Nicaragua, lo que constituye ya la cuarta tentativa de conquista que en el espacio de veinte años, la América del Norte emprende contra la América Española; la de Texas en 1835, la de México en 1848; la de Cuba en 1851 y la presente.

Pero mayores y más apremiantes razones militan para atribuir a estos acontecimientos una importancia trascendental y decisiva. Los Estados Unidos tienen un interés inmenso en apoderarse de la América Central. La conquista de Texas, la ocupación del Oregón, la anexión de las provincias mexicanas, todas sus últimas adquisiciones pesan menos en la balanza de los planes políticos de la Unión que su ocupación de una o todas las Repúblicas de Centroamérica. Aquí está la llave del poder y del engrandecimiento futuro de los Estados Unidos, que aspiran, alejándose de la Europa, a disputar a esta su influencia y sus riquezas en la India y en los continentes del Asia.

A nosotros nos ha sido dado (dice el viajero Americano Squier que recorrió la República de Nicaragua en 1851, como encargado de Negocios de los Estados Unidos, circunstancia que presta a sus palabras una gravedad particular y lo que ha hecho derivemos de este escritor muchos de los datos históricos que en este artículo apuntamos), en los presentes tiempos el poder de adquirir el imperio del Oriente (*the rule of the East*) y poner coto a las amenazas y a las fuerzas de la Inglaterra y de la Rusia, transfiriendo a nuestras pacíficas manos el pasaje que Colón buscó en vano hacia aquellas conquistas por las cuales Alejandro fue deificado, hacia aquel vasto e incalculable comercio sobre el que está basado el poder marítimo de la Inglaterra, el imperio más poderoso que hasta aquí haya existido entre los hombres.

Y luego añade en otra parte:

Esto es lo único que falta (la colonización del lago de Nicaragua), para asegurar para siempre la PREPONDERANICA AMERICANA en el Pacífico, ese plácido mar en que la navegación a vapor está destinada a acabar los más grandes triunfos y las EMPRESAS y REPUBLICANISMO AMERICANO SUS MÁS IMPONENTES RESULTADOS¹⁶.

Y en efecto, un país situado en el centro del globo, el punto convergente de los dos grandes océanos en que se desarrolla el comercio del Asia y de la Europa; rico en producciones valiosas como la cochinilla, el añil, el azúcar, el cacao, el café y el algodón; ofreciendo una variedad tal de climas que se le ha llamado por esto el «építome de la creación», descendiendo desde las altas y templadas mesetas en que están situadas las capitales de los estados de Guatemala, Honduras y Nicaragua, hasta sus cálidos valles que bajan, ya sobre el Pacífico, ya sobre el Atlántico y presentando tres o cuatro vías fluviales de comunicación interoceánica como la del golfo de Tehuantepec

¹⁶ *Travels in Central America, particularly in Nicaragua* by E. G Squier. New York. 1853, págs. 7 y 10 del título.

y la navegación, hoy día habilitada, del lago de Nicaragua, no podía menos, tan bello país, con todas estas inmensas ventajas mercantiles; que inspirar a los Estados Unidos un ávido interés por hacerse dueño de su territorio.

La Inglaterra ya había cimentado desde fines del último siglo iguales planes estableciendo, con el pretexto de la corta de la caoba, su colonia de Belice, haciendo después la farsa del rey de los Mosquitos y, últimamente, apropiándose la embocadura del río San Juan en el Atlántico con la fundación de la villa de *Greytown*, llamada también San Juan de Nicaragua.

Pero los Americanos habían sostenido a su vez su doctrina Monroe y pretendido la evacuación de estas localidades por las autoridades inglesas; pero tanto iba a uno y otro en la cuestión, que hemos visto a estos dos grandes países, a imitación de esos jefes de tribus de nuestros aborígenes que están codiciosos de un mismo caballo en la estancia vecina y que se mandan promesas y parlamentos mientras aprontan el *malón*; los hemos visto, decíamos, acecharse mutuamente y jugar un rol doble, hasta que de él salió la farsa diplomática conocida con el nombre de tratado Clayton-Bulwer, en el que se decía que todas las cosas se arreglaban y quedaban, sin embargo, en el mismo pie... Pero los Americanos, más impacientes, más audaces y más interesados, rompieron los papeles y mandaron un buque de guerra a arrasar a Greytown, y luego hicieron venir de las costas de la baja California a Walker y sus cuadrillas de galgos californios a quienes tenemos ya de conquistadores reconocidos del estado de Nicaragua...

Pero aún quedan reservadas razones más inmediatas de esta política singular. Cuando la corriente de la emigración a California tomó su mayor vuelo, había en Nueva York un célebre armador de buques de vapor llamado Vanderbilt. Estaba éste a la cabeza de una vasta compañía de navegación, y concibió la idea de establecer una comunicación interoceánica entre San Juan de Nicaragua, navegando 100 millas del río de este nombre, 50 o 60 en el lago Nicaragua de que se desprende, y luego haciendo una corta travesía por tierra hasta San Juan del Sur en el Pacífico. Vino él en persona a Nicaragua, inspeccionó los sitios, y la comunicación a vapor quedó establecida mediante una contrata con el gobierno nicaragüense. Ahora bien, desde el principio de esta negociación surgieron serias dificultades entre ambos contratantes. ¡Había un medio expedito de transarlas, y aquí lo tenemos ya en acción con Walker a la cabeza...!

Esta es la simple exposición de los hechos.

« ¡Ah! Decían hace tres años los que no conocen a fondo la raza americana y el espíritu de sus tendencias sociales y políticas, ¡qué felicidad ha cabido al estado de Nicaragua, con esta empresa Norteamericana; su comercio va a duplicarse, sus vías de comunicación van a ser más rápidas y cortas, las rentas nacionales van a aumentarse y la opulencia pública se acrecentará con la de los particulares...! »

Pero ahí tenéis al espíritu de EMPRESA y REPUBLICANISMO NORTEAMERICANO en la boca de los rifles que han fusilado al infortunado general Corral y en

los cañones que han asolado las miserables poblaciones que bordean las riberas del lago. Esa es la civilización única que la América del Norte está dispuesta a conceder a la América Española, así como su alianza con el sudamericano no está cimentada en más elevados principios de estimación social que entre el amo blanco y el negro esclavo de la Louisiana... ¡Ese es el REPUBLICANISMO AMERICANO basado en el saqueo y en la alevosía; esos son los apóstoles de su doctrina, una cuadrilla de salteadores de camino; esa es la moral de su pueblo, impulsar los crímenes de la avaricia mercantil y aplaudir los triunfos del vandalaje; esa es la buena fe de su política, aceptar los hechos consumados del latrocinio y revestirlos con el sello de una legítima autoridad! La historia de los países más bárbaros apenas reconocerá un hecho más atroz y más felón que el reconocimiento hecho por el gobierno de los Estados Unidos de la conquista de Nicaragua, atentado inaudito en el presente siglo que no tiene una más alta moral que un saqueo a mano armada ejecutado en un camino público.

Pero antes de indignarnos y protestar al cielo contra un crimen de que se hace cómplice a un país entero, grande y poderoso en otros sentidos, que se nos permita reflexionar un instante sobre lo que es en sí mismo el espíritu de los países españoles americanos, y las relaciones históricas y sociales a que se prestan respecto del espíritu sajón del Norte.

¿Por qué ha conquistado Walker con un puñado de malvados la más bella fracción de un país privilegiado, cuya superficie es más considerable que la de Chile entero y cuya posición geográfica le da una importancia sin igual?

Abramos un instante la historia de ese país y ahí encontraremos la solución de esta pregunta deducida de la simple narración de los hechos.

La antigua capitanía general de Guatemala, que se componía de las cinco Repúblicas en que hoy está fraccionada la América Central, se hizo independiente el 15 de septiembre de 1821.

El general Gaínza, a imitación inmediata de Iturbide, operó este cambio sin violencia alguna. Pero reunida la primera Convención Constituyente, los ánimos se dividen al instante. La aristocrática y clerical Guatemala, sitio de la Convención, se declara por el Imperio de Agustín I. Mas el San Salvador, foco perpetuo del liberalismo, proclama la República. Y Gaínza, débil e intrigante, como se condujo en Chile durante los tratados de Talca en 1814, no hizo sino fomentar las facciones, hasta que el general Filisola invadió el país con fuerzas mexicanas y el Imperio fue proclamado el 5 de enero de 1822.

Cae, sin embargo, Iturbide, y el pueblo convoca de nuevo una Convención. Los mismos partidos aparecen inmediatamente el uno en frente del otro apellidándose los unos *serviles* y los otros *liberales*; pero el de los últimos está en mayoría y promulga la Constitución liberal de 1824 que deja abolida la esclavatura, la nobleza hasta el título de *don*, la venta de bulas del Papa, etc., y proclama la *República de Centroamérica* con esta divisa: *Dios, Unión y Libertad*.

Mas los *liberales* vencedores, ya están divididos a su turno entre *centralistas* y *federales*; y triunfantes éstos, constituyen el 8 de abril de 1826 en el Congreso federal convocado al efecto, cinco estados independientes con un gobierno general.

Los *liberales-federales* se subdividían todavía más en las fracciones parciales de sus territorios, y el estado de San Salvador, que lleva la vanguardia del ultra-liberalismo, comienza la reforma por nombrar de su propia autoridad obispo de sus diócesis al Dr. Delgado, a despecho de las protestas del obispo de Guatemala y de las amenazas de excomunión del mismo Papa.

Los *serviles*, esto es, el clero y el partido de la nobleza, llamado «los sangres azules», no tardaron pues en aparecer en medio del desvarío de las divisiones y de los sistemas extemporáneos, y poniendo a su cabeza al marqués don Mariano Aycinena, derriban, después de una sangrienta lucha, al partido *liberal*, a quien dieran su último golpe decisivo en la batalla de la Salina Grande el 28 de septiembre de 1827.

Un gobierno de terror y oscurantismo comenzó a establecerse por el clero ávido de poder. Pero la crisis que acababa de pasar no había sido del todo estéril y un hombre de genio y el más ilustre patriota que contó la revolución de la América Central se alzó en el estado de Honduras como el campeón del liberalismo derrocado. Fue éste Francisco Morazán, un joven de 28 años, ardiente, impetuoso, de alma pura, de inteligencia elevada, originario de una familia francesa de las Antillas. Con una fuerza de 2.000 hombres de su estado ocupa el territorio de Guatemala y el 29 de marzo toma por asalto la capital federal.

Un Congreso se reúne; Morazán es el alma de la política y de la reforma; castiga al clero desterrando al obispo don Ramón Casaus y haciendo embarcarse en Izabal a todos los frailes de Guatemala; convierte el convento de Santo Domingo en una prisión modelo, y otro en una escuela por el método Lancasteriano; introduce el sistema de procedimientos judiciales de Estados Unidos con el código de Livingston, la adopción del juri, la libertad de cultos con otras grandes reformas, y lleva el espíritu de innovación contra los abusos del clero, constituido en un perpetuo conspirador, hasta expulsar todas las monjas de los monasterios y prohibir que las mujeres tomasen el velo; bien es que Centroamérica haya sido el país más fanatizado del mundo, y que aún hoy día mismo consuma toda la cera de la Isla de Cuba en velones y cirios pascuales...

Pero la reacción ha quedado viva esta segunda vez, y la violencia de las reformas la ha provocado más activa, de modo que los curas comienzan a sublevar las indiadas de los campos, mientras los Estados federados, celosos por su pobreza de la opulenta y orgullosa Guatemala, comienzan a separarse de ella; San Salvador en 1833 y Nicaragua en 1834. Costa Rica, que apenas tiene 100.000 habitantes, se segrega también por una disputa entre sus dos capitales, la antigua de Cartago y la nueva de San José...

Tenemos ya cinco republiquetas rivales y celosas. La hidra cuenta cinco cabezas y ya no será posible exterminarla.

Rafael Carrera, un *cholo* guardador de puercos en la sierra de Mita, conocido como *Ladino*, esto es, como hombre de casta, baja con las indiadas sublevadas a nombre de la religión, bate las fuerzas de Morazán en Santa Rosa, y haciendo una campaña de guerrillas, ocupa la capital de Guatemala de donde, a su vez, es rechazado y perseguido hasta las serranías de Mita, de las que desciende de nuevo con cinco mil indios indisciplinados, pone cerco a Morazán en Guatemala, y el 18 de marzo de 1840, toma por asalto la plaza.

Morazán escapa apenas con la vida, se embarca para Valparaíso, y después de dos años, se dirige en el bergantín *Coquimbo* con un puñado de secuaces y desembarca en las playas de Costa Rica en abril de 1842. La victoria corona los primeros pasos del grupo de amigos que le sigue, apellidados, «Coquimbos», nombre que recibió desde entonces el partido que ellos sostuvieron; pero abrumado por fuerzas superiores es hecho prisionero, y muere en el patíbulo...

Desaparecido el genio del bien, Carrera, el genio del mal, se entregó sin reserva a su política de crueldades, saqueos y oscurantismo clerical, pues ha sido el instrumento favorito de los *curas*; y de retroceso en retroceso, en medio de mil conspiraciones, guerras de fronteras, asesinatos y todas las miserias de una degradación social completa, vemos estos pobres países gobernados durante quince años por cabecillas oscuros. ¡Carrera ha sido absoluto en Guatemala, un Malespín en San Salvador, un Ferrara en Honduras, un Fonseca «gran mariscal de Nicaragua» y un Alfaro «jefe provisional» de Costa Rica, hasta que hoy mismo vemos un Rivas a la cabeza del gobierno organizado por Walker...!

¡En vista de estos antecedentes históricos, permítasenos pues, arrojar sobre el rostro de los culpables, que así han ido comprometiendo los destinos de su patria, un eterno reproche! Culpemos primero la raza invadida que no solo prepara sino invoca la invasión, antes que impugnar a ésta; no nos ahoguemos con el humo de nuestro propio incienso, ni tapemos la llaga que nos consume con el manto de una vanidad mal entendida y culpable. ¡Nosotros, los sudamericanos, tenemos al menos la mitad de la culpa en esta crisis de conquista y de vandalaje que ya va haciéndose un mal crónico en nuestras repúblicas; nuestra DESUNIÓN es el principal elemento en que se apoya el filibusterismo, la discordia interna es el grito que en más alta voz los llama, y a veces esa voz de auxilio y protección, eco de una mengua eterna, es harto clara y directa de nosotros hacia ella! ¿Por qué entonces nos indignamos como delante de una sorpresa y de una traición de estos atentados cuya tradición hemos autorizado?

Lo estamos viendo. LA CONQUISTA NORTE AMERICANA avanza sobre nosotros, sus fronteras se dilatan en todas direcciones y cual gigantes irresistibles se nos acercan y nos van ciñendo estrechamente. ¡Mirad la historia de ayer! Los filibusteros no son un puñado de ladrones, es la vanguardia de la América del Norte en su marcha hacia su gran campaña contra la América Española; son los tiradores de la batalla entre ambas razas. Recordad a Texas; el general Houston derrota a Santa Anna

con 700 filibusteros en San Jacinto, y Texas se hace un estado de la Unión. El coronel Frémont invade a California con 160 rifleros, y California se hace un estado de la Unión. Narciso López desembarca en Cuba, y de cerca le sigue la autorización oficial de la conquista. Hoy Walker, un asesino de puñal, acomete el estado de Nicaragua, y ya este está virtualmente agregado a la Unión...

No nos equivoquemos. La guerra a los filibusteros es la guerra a la América del Norte, es una guerra nacional, es la causa de la América Española. Hoy es Nicaragua, mañana puede ser la Guaira en Venezuela, Guayaquil en el Ecuador, Chiloé en nuestras costas... Aprestémonos pues todos a nombre de la salvación común y salvémonos los unos por los otros, y que esta alianza que reclama la dignidad de nuestra raza sea pronta y cordial. Este solo gran medio tenemos a la mano para salvarnos y hacernos no solo invencibles sino inatacables. ¡Seamos *sudamericanos* delante de la *América del Norte!* Que nuestra mutilada familia que cuenta tantas denominaciones de mutua hostilidad, «peruanos», «chilenos», «colombianos», «argentinos», sea un solo nombre delante del nombre americano, de ese *Pluribus Unum* que es único y por eso es todopoderoso. ¡Qué nuestras *divididas* repúblicas sean una sola América delante de las repúblicas *unidas* del Norte que son solo una América también! Hay hoy asomos de una *Unión* salvadora después de esa miserable envidiosa, casera, mezquina *Federación* que ha desacreditado nuestra raza, tronchados en fracciones impotentes el continente que habitamos, y en el que todos los recursos de grandeza y porvenir, de resistencia y aun de iniciación están acumulados en una escala que solo nuestra pequeñez no nos ha permitido comprender.

A Chile se ofrece, pues, en esta crisis que afecta a la política de todo el universo, una ocasión de colocar la suya a la altura de la de los grandes estados por la iniciativa que ya intentó, de cimentar esta *alianza internacional* que hoy nos pondrá a cubierto de enemigos extraños, así como el santo *pacto nacional* de la Independencia que se selló con sangre «argentina», «colombiana», «chilena» y «peruana» en Ayacucho nos salvó cuando el enemigo estaba en nuestro territorio... Que no se crea tampoco que los intereses inmediatos de la América Central están desligados de los nuestros ni política ni mercantilmente. Al contrario, es sabido que casi la totalidad de la población de las repúblicas de Centroamérica está concentrada en las faldas occidentales de los Andes, a lo largo de las sanas y fértiles costas del Pacífico; las capitales de las cuatro repúblicas principales, Guatemala, San Salvador, Nicaragua y Costa Rica, así como sus más importantes puertos se hallan en comunicación directa con nosotros; su comercio se hace exclusivamente a lo largo de nuestras costas, y el café de Costa Rica y el cacao de San Salvador, el añil de Guatemala, doblan el Cabo en su tránsito para Europa, y aún creemos que la América Central no exporta directamente a la última sino las maderas de sus pestilentes costas orientales y algunos centenares de sacos de cochinilla que lleva a Inglaterra mensualmente el paquete a vapor de la Compañía de las Antillas que toca en Belice.

Estaría por tanto en nuestra mano enviar cualquier socorro directo a ese país dirigiéndonos a los puertos del Realajo o Punta Arenas. La expedición de Morazán es un ejemplo.

Un tan gran pensamiento, tan premioso sin embargo, apenas puede iniciarse en un artículo de diario, pero que el Gobierno, ya que no ha llegado el caso ni hay quizá los medios de enviar a la lid de Nicaragua representantes armados de ese espíritu unánime en Sudamérica que hace de la causa de Centroamérica una causa común, eleve su voz al menos en una protesta delante de la historia, de la humanidad y del presente mismo, porque mañana puede caer la administración filibustera de Pierce y Marcy, y sería noble y grande para Chile el que un gobierno reparador y honrado, como es de esperarse suceda al actual que tan hondamente ha comprometido el honor y los progresos de la Unión Americana, hiciera de los documentos de nuestros reclamos desinteresados pero enérgicos, las principales piezas de acusación contra el inicuo sistema que la política actual de Estados Unidos ha planteado principalmente contra las repúblicas de la América Española.

Entre tanto a la opinión pública toca formular estas convicciones nacionales ya los gobiernos el llevarla a cabo. El deber de un articulista queda llenado con una simple narración de los hechos en que estriban cuestiones tan vitales. Delante de las grandes crisis, la calma y la reflexión son los mejores auxiliares de la verdad, y además, ¿no nos sería perdonado el ahorrar a nuestra pluma un poco de energía para ir acumulándola en el fondo de la cartuchera...?

¡No declamemos más!

¡La América del Sur ha estado 40 años con el telón levantado y la farsa ha sido horrible! ¡Preparémonos para la acción con esa actitud tranquila y firme que da una convicción suprema y prefiramos al sistema de los denuestos y de las declamaciones, el hablar a los yankees con la boca del cañón...!

(El Ferrocarril)

LA DOCTRINA MONROE Y LA UNIÓN AMERICANA

La América del Sur ha recibido una lección grande y sublime: la del martirio en su dignidad.

Pero la América del Sur ha dado al mundo una lección más grande y más sublime todavía: la de sus victorias por ella sola conquistadas.

Fastuosos hombres de Estado, cuya ignorancia dora solo el oropel de sus altos puestos; novelistas disfrazados de viajeros; escritores vulgares, y también tiranos extranjeros servidos por infames agentes domésticos, han tenido a tarea durante el medio siglo que lleva corrido de vida independiente la América del Sur, pintarla como un enjambre de pueblos degradados en los que la República era solo una quimera y la patria una especulación.

Por esto, cuando el cañón de la *Esmeralda* tronó en las aguas de Chile, trayendo al suelo el pabellón de una potencia europea, hubo un grito de asombro en el Viejo Mundo. Por esto, cuando se ha visto en seguida al Perú y a Chile unidos o solo cada uno, ocupar dignos y altivos el puesto del honor, pelear como héroes y vencer en todas partes, la admiración de los extraños ha crecido de punto y ya aplauden con las mismas manos con que ayer nos echaban al rostro el lodo de la difamación.

Esas son las verdaderas y grandes victorias que hoy obtiene la América desconocida y calumniada: las victorias de su aislamiento, de su pujanza propia por nadie sostenida, excepto por su sangre y su heroísmo. La Europa la ve ahora, no a la luz opaca de teas incendiarias que acusan discordias de hermanos; vela salir pura, radiosa, donadora; invencible, por entre el humo y el estruendo de combate dignos de la historia, y comienza a saber lo que tan aprisa había olvidado: comienza a recordar que esos pueblos son naciones y no tribus; que esos pobladores del hemisferio Sur son ciudadanos bajo la ley igual y no rebaños de hombres bajo un cetro de oro.

¡La América ha estado sola! Pero ese aislamiento constituye su grandeza y revela al mundo el secreto poder que late en sus entrañas, y que va a lanzarla como un joven gigante a la cabeza del mundo.

¿Quién, en verdad, la ha ayudado en su conflicto?

¿Quién? ¿La Inglaterra? Creíase que lo hiciera a cuenta de sus negocios. Pero la Inglaterra era una monarquía europea; era amiga de la España, era aliada de la Francia, y era para el mundo en general, cosa nunca vista en la historia inglesa, *neutral*, tratándose de su oro. La Inglaterra cruzó pues los brazos y vio impasible desde el puente de sus navíos arder sus inmensos depósitos de algodones y de brea.

¿Quién? ¿La Francia? Pero la Francia no era solo una aliada, una vecina, una amiga, una inspiradora; era más que eso de la España: ¡era un cómplice! Apenas se había apagado el estruendo de los cañones que bombardearon a la infeliz pero republicana Acapulco, en el Norte del Pacífico, cuando rompían sus fuegos sobre la

que se ha llamado reina del Sur los cañones de la Europa, manejados ahora por viles esbirros españoles.

¿Quién más? ¿La Italia? Pero la Italia no tenía todavía un brazo para herir. Solo laten en su corazón generoso y resucitado aquellas emociones de simpatía y de comunidad propia de los pueblos cuyos horizontes se abren a nueva vida.

¿La Alemania? ¿La Rusia? ¿Los Estados de segundo orden? –Hagamos justicia–. No era posible esperar eficaz socorro en el conflicto sino de dos poderes continentales del Viejo Mundo, porque son poderes marítimos y a la vez en extremo comerciales: la Francia y la Inglaterra. Todos los demás solo tenían simpatías o reprobación, y unos, a sabiendas, porque se han penetrado del crimen, y otros por instinto, dieron aquellas a la agredida América, y condenaron dos veces a la España por su brutal acometida.

Pero, ¿y los Estados-Unidos?

Los guardianes naturales de las repúblicas de ambos continentes; los depositarios de los *santos principios* de Monroe, que tendió una frontera artificial sobre el océano entre ambos mundos, poniendo a aquella su propio nombre; los esforzados sostenedores de la unidad doméstica como principio de fuerza interna y de expansión hacia la Europa invasora en México y las Antillas; los soldados, en fin, que venían todavía con el fusil al brazo de pelear las batallas de la fidelidad a la democracia contra la oligarquía, estaban llamados a sostener sus doctrinas, a reparar la brecha labrada en sus instituciones más queridas por el odio extranjero, a completar en su obra de tanto orgullo y de tanta gloria cumpliendo, como leales, promesas antiguas que nunca hasta esa hora habían llenado.

Tal vez lo habrían hecho en la hora primera, y acaso el natural impulso de las masas fue no echar las espadas en cofres de oro y de petróleo, sino sostener el principio de todos queridos, dando auxilio al hermano asaltado por alevés.

Pero quiso un mal destino que este país poderoso dentro de sí mismo, pero cuya expansión de humanidad (que la del egoísmo ha sido ya harto conocida desde Houston hasta Walker) fuese solo el sueño de algunos nobles espíritus que como Enrique Clay hoy duermen en el doble olvido de la muerte y del repudio práctico de los grandes principios que abogaron ante el gobierno y ante el pueblo de la Unión.

La América ha sido dejada pues sola, y sola se ha batido, sola ha triunfado, sola vivirá en la admiración de las edades y en el aplauso mismo del mundo que la abandona a su suerte.

Pero la América del Sur ha hecho más todavía. Ella ha salvado del desprecio del mundo y reivindicado para sí esas doctrinas inventadas en otras zonas, pero acogidas por ella como el emblema de su propia salvación; esas doctrinas de no intervención europea, y de no aceptación de regímenes monárquicos que creó James Monroe, y que en medio de una banal algazara de periódicos y de clubs han repudiado sus propios descendientes.

¿Quién se ha batido hasta aquí por la doctrina de Monroe? ¿Quién ha dicho a la Europa con la boca del cañón cuál es el verdadero derecho americano? ¿Quién ha rechazado a la Francia? ¿Quién ha impuesto respeto a la Inglaterra? ¿Quién ha hundido en el polvo a la España? ¿Ha sido la América del Norte o ha sido la América del Sur? ¿Ha sido el Presidente Johnson y su secretario Seward, el Congreso de Washington, las legislaturas de los Estados, o ha sido Juárez, Pérez, Prado, Carrión, Melgarejo y los congresos que les han marcado su ley de conducta? ¿Han sido, en fin, los generales de cien victorias, Grant y Sherman, o esos nobles soldados, orgullo de la América, y cuyos nombres corren ya en la posteridad desde Zaragoza a Gálvez?

¡No! La América del Sur no escribe doctrinas en libros sino en el campo de batalla. ¡No! La doctrina que significa la república eterna, la democracia eterna, la libertad eterna en el mundo de Colón debe cambiar de nombre y de patria.

La Doctrina *Monroe* es una impostura del pasado o una farsa de plataforma del presente.

La doctrina nueva de la *Unión Americana* es la enseña del porvenir.

La *Doctrina de Monroe* ha muerto. La doctrina de la *Unión Americana*, es el código de salvación, de gloria y de respeto a la América del Sur contra la Europa, y si el día llega, contra esa otra América, que pretende ser la sola patria y aun el solo *nombre* del Continente Americano.

La Voz de la América.

